

INTRODUCCIÓN

En este libro de *Los nombres de las calles de Madrid*, solo se incluyen las principales calles del centro de la ciudad, comprendidas en una línea imaginaria que recorrería por el norte y este los llamados popularmente «puentes», por el sur la orilla del Manzanares y por el oeste, desde el río hasta la avenida de la Reina Victoria.

Aunque a partir de 1880 el Ayuntamiento decidió homenajear a todas las provincias españolas y en 1939 se hizo lo mismo con una serie de pueblos de la provincia de Madrid, no se incluyen estos nombres salvo que anteriormente hayan ostentado otra denominación, la cual se indica. Se ha prescindido también de todos los cambios de nombres que, por motivos políticos, han tenido las calles a lo largo de los diferentes gobiernos. Además solo se explica el origen del nombre de cada calle, sus leyendas y tradiciones, sin entrar en una descripción de los edificios que la componen, pues existen buenos títulos bibliográficos dedicados a ello (algunos de los cuales se hace referencia al final de esta introducción). Por último, algunas calles, por su longitud, se salen fuera de los límites fijados en este libro, pero dado que empiezan en el centro de la ciudad, sí se incluyen; tal es el caso de Alcalá, López de Hoyos o el paseo de la Castellana, por citar unos ejemplos.

Para aquellos interesados en ampliar los conocimientos sobre las calles de la ciudad, existe una bibliografía bastante extensa dedicada al origen de sus nombres, que sirve para completar este libro. Citaremos algunos de ellos por orden cronológico:

CAPMANY Y MONTPALAU, ANTONIO: *Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid*. Madrid: Imprenta de Manuel B. de Quirós, 1863.

FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, ÁNGEL: *Guía de Madrid*. Madrid: Imprenta de Aribau y Compañía, 1876. (El capítulo III de la primera parte está dedicado al origen de los nombres de las calles de Madrid).

PEÑASCO, HILARIO Y CAMBRONERO, CARLOS: *Las calles de Madrid. Noticias, tradiciones y curiosidades*. Madrid: Tipografía de Enrique Rubiños, 1889.

MARTÍNEZ KLEISER, LUIS: *Los nombres de las antiguas calles de Madrid*. Madrid: Tipografía de Alberto Fontana, 1927. (Conferencia leída por el autor el 4 de marzo de 1927 en la Exposición del Antiguo Madrid).

BRAVO MORATA, FEDERICO: *Los nombres de las calles de Madrid*. Madrid: Editorial Fenicia, 1970, 2 volúmenes.

BORRÁS, TOMÁS: *Madrid leyendas y tradiciones*. Madrid: Vasallo de Mumbert editor, 1973. (El último capítulo está dedicado a una selección de calles, con sus leyendas y curiosidades).

CORRAL, JOSÉ DEL: *Las calles de Madrid en 1624*. Madrid: Anales del Instituto de Estudios Madrileños, tomo IX, 1973, págs. 643-688.

CABEZAS, JUAN ANTONIO: *Diccionario de Madrid. Sus calles, sus nombres, su historia, su ambiente*. Madrid: Editorial Avapiés, 1989.

MONTERO VALLEJO, MANUEL: *Origen de las calles de Madrid*. Madrid: Ediciones La Librería, 2005.

RÉPIDE, PEDRO: *Las calles de Madrid. 1921-25*. Madrid: Ediciones La Librería, 1995. (Artículos publicados en el diario *La Libertad* entre el 3 de mayo de 1921 y el 4 de octubre de 1925 y recopilados en el libro citado).

APARISI LAPORTA, LUIS MIGUEL: *Toponimia madrileña. Proceso evolutivo*. Madrid: Gerencia Municipal de Urbanismo del Ayuntamiento de Madrid, 2001.

A

Abada. Entre la plaza del Carmen y la calle de Jacometrezo. Se dice que el nombre procede de un elefante y de una abada o rinoceronte hembra, que el gobernador de Java regaló a Felipe II en 1581 y que al parecer se quedaron en esta zona, en las llamadas eras del convento de San Martín. Sin embargo, parece poco probable que los animales permanecieran en este descampado existiendo varios parques en Madrid que les podrían haber dado cobijo. Otra versión dice que en el siglo XVI unos saltimbanquis portugueses trajeron de Brasil una abada –rinoceronte en portugués– que enseñaban por dos maravedís en una barraca instalada en este lugar. Allí acudían niños y grandes a ver el animal, acosándole la mayoría de las veces con gritos y silbidos. Cierta día, un muchacho del cercano Horno de la Mata le dio de comer un panecillo recién hecho puesto en la punta de un palo, lo malo fue que el animal se abrasó y enfadado despedazó al pobre infeliz. El prior de San Martín expulsó a los saltimbanquis y mientras andaban recogiendo sus cosas el animal se escapó matando a veinte personas. Afortunadamente fue capturado de nuevo en Vicálvaro. En el lugar donde murió el chiquillo se levantó una cruz de palo y a partir de entonces la abada dio nombre al paraje que posteriormente sería la calle.

Abades. Entre las calles de Embajadores y Mesón de Paredes. Debía el nombre a los opulentos hermanos Rodrigo y García Abad, conocidos por los Abades, cuya casa se hallaba situada en esta calle. Los hermanos fueron regidores de la villa, repartían sus rentas en obras de caridad y fueron los primeros y principales valedores del cercano convento de teatinos, situado en la calle del Oso.

Abtao. Entre la calle de Arias Montano y la avenida de la Ciudad de Barcelona. El nombre de esta calle, como la mayoría de las de este barrio, recuerda las hazañas de la Marina española en el Pacífico (nombre este que sirvió para denominar a todo el barrio). Esta se puso en recuerdo del triunfo de la batalla naval de Abtao, frente a la isla de igual denominación, ocurrida el 7 de febrero de 1866 entre fragatas españolas y la escuadra chileno-peruana.

Acacias, Paseo de las. Entre las glorietas de Embajadores y de las Pirámides. Tomaba el nombre de los árboles de esta especie que se plantaron cuando se abrió el paseo a mediados del siglo XIX.

Academia. Entre las calles de Ruiz de Alarcón y Alfonso XII. El nombre lo debe a la Real Academia Española, fundada por Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, en 1713 en su domicilio y trasladada primero a la calle de Valverde (hoy Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales) y en 1894 a esta calle de la Academia.

Acuerdo. Entre las calles del Noviciado y Alberto Aguilera. Según se cuenta hay dos orígenes para el nombre de esta calle. La primera versión dice que una joven de un pueblo de Santander, llevada por su devoción, cogió el Niño Jesús que



La Real Academia de la Lengua

tenía en brazos una imagen de la Virgen para darle santo culto. En el camino se encontró con un peregrino que le pidió una limosna y ella le contó sus deseos de ser monja. El peregrino le indicó que en Madrid se estaba fundando un convento –el de las Comendadoras de Santiago– por lo que la joven se encaminó a Madrid. Llegó, cansada y desorientada, hasta la puerta de la antigua imprenta de Quiñones, en la vecina calle de igual nombre esquina a Acuerdo. Cuando la joven contó que andaba buscando un convento cercano que se acaba de fundar, la mandaron al de las comendadoras, en cuya portería vio un retrato del apóstol Santiago a quien ella reconoció en la figura del peregrino: «sí, yo me *acuerdo*, este es el peregrino que yo he visto». De estas palabras quedó el nombre de la calle. La joven profesó en el citado convento y la imagen del niño, de gran devoción hasta hoy, pasó a ser conocida como el Niño Montañés. Otra leyenda dice que para la fundación del convento de las Comendadoras de Santiago existió la discrepancia de si traer las primeras religiosas del monasterio de Santa Fe, de Toledo, o del convento de Santa Cruz, de Valladolid. Finalmente, se decidió traer a estas últimas firmándose el *acuerdo* en la imprenta de Quiñones.

Aduana. Entre las calles de la Montera y Virgen de los Peligros. Su primitivo nombre fue Angosta de San Bernardo porque a ella daban las tapias del desaparecido convento de Vallecas, de monjas bernardas, situado en la calle de Alcalá esquina a Virgen de los Peligros. Y se llamaba Angosta para diferenciarla de la Ancha de San Bernardo, que es la actual de San Bernardo a secas. Cuando en 1865 la calle Ancha perdió este calificativo, la angosta pasó a denominarse Aduana, por quedar a espaldas del edificio de la Aduana, construido en 1769 por Sabatini en la calle Alcalá. Pero lo curioso es que cambió de nombre cuando el edificio dejó de ser Aduana para convertirse en Ministerio de Hacienda.

Aguas. Entre las calles de Don Pedro y Tabernillas. La versión más común explica que en este lugar había unos famosos baños árabes –demolidos durante el reinado de Alfonso X–, con tal abundancia de aguas que estas se aprovechaban para surtir las huertas del Pozacho y las fuentes de San Pedro que estaban situadas en la parte baja de la calle de Segovia, bajo el viaducto. Como en época de lluvias las aguas rebasaban la alcantarilla y el arroyo de las fuentes de San Pedro, aquel paraje fue conocido por el Lugar de las Aguas. Lo más probable es que el nombre se deba a un Juan de Aguas que tenía una propiedad en esta calle en el siglo xvii.

Águila. Entre las calles del Mediodía Grande y de la Ventosa. El nombre lo tomaba de un águila de gran tamaño que utilizaba el Ayuntamiento en las procesiones del Corpus y de la Minerva de San Andrés. Era costumbre que en las procesiones se utilizaran además de gigantes, enanos y tarascas, algún símbolo evangélico, como esta enorme águila dorada de San Juan, símbolo del cuarto evangelista. El águila había sido regalada al Concejo por Gil Imón de la Mota quien cedió un corral de su propiedad para guardarla, situada en la calle de San Bernabé. Por este motivo, la calle también fue conocida con el nombre de Corral de Gil Imón.

Aguirre. Entre las calles de Alcalá y O'Donnell. El nombre fue puesto en recuerdo de Lucas Aguirre y Juárez, quien fundó en la confluencia de las calles antes citadas las llamadas Escuelas Aguirre, en el edificio aún existente con su característica torre destinado recientemente a Casa Árabe.





Agustín Querol

Agustín de Betancourt. Entre las calles de Ríos Rosas y Raimundo Fernández Villaverde. Esta calle es el único trozo que subsiste del antiguo paseo del Hipódromo, el cual bordeaba el perímetro del mismo. Está dedicada al ingeniero Agustín de Betancourt o Bethencourt (1758-1824), primer director de la Escuela de Puertos y Caminos de Madrid.

Agustín Querol. Entre las calles José Anselmo Clavé y Andrés Torrejón. Fue conocida primero como calle de la Ese por su forma. Lleva el nombre del escultor Agustín Querol (1860-1909), autor del grupo escultórico que corona el Ministerio de Agricultura, aunque el que existe en la actualidad es una copia, dado que el original pesaba demasiado; este se trasladó

en dos piezas a la plaza de Legazpi y a la glorieta de Cádiz.

Alameda. Entre la plaza de Platería Martínez y la calle de Atocha. En un principio se llamó calle del Álamo por los árboles que había junto a las tapias de los jardines del palacio del duque de Lerma, situado donde hoy se levanta el Hotel Palace. El tramo comprendido entre las calles del Gobernador y Atocha se llamó primeramente Nuestra Señora de la Leche, por una capilla dedicada a la Virgen de la Leche y del Buen Parto. Desde 1890 recibe el nombre de Alameda.

Alamillo, Calle y plaza del. Entre la plaza del Alamillo y la Costanilla de San Andrés, y entre las calles de la Morería, Alfonso VI, Toro y Alamillo, respectivamente. En origen era un cerro erial cuyo desnivel, con respecto a la calle de Segovia, dificultaba, hasta el siglo XIX, la construcción de edificios. Se dice que tomaba